per el cascaron, y al cabo llega á sacar la cabeza; se ayuda con las alas, y se liberta enteramente.

¡Pues bien! empéñense nuestros adversarios sobre esta materia en las mas vastas é interminables teorías; amontonen hipótesis sobre hipótesis; rehusen dar el nombre de instinto á los actos del polluelo como á los de la madre; envuelvan la materia con explicaciones tortuosas y confusas: este es el hecho simple y elocuente de la naturaleza; no lo destruirán.

El que crió al ruiseñor quiso que sus trinos se expresasen en los cantos de la tarde. El que formó el universo le ha dado las leyes de su conservacion. Ninguna idea es mas simple ni mas magestuosa que esta; ninguna satisface mejor nuestra necesidad de conocer. Negar las leyes conservadoras de la vida, es negar la naturaleza entera; parécenos que para llegar á ese punto, es preciso ser el juguete de una perversion de espíritu.

¡Cuán lejos está la verdadera ciencia de estas negaciones!

Seria en efecto muy desgraciado y muy fuera de razon que el resultado del saber fuese el anonadamiento de las leyes profundas que rigen el universo y constituyen su viviente unidad. ¿Por qué, pues, ante hechos tan irresistibles como los del instinto animal, no confesar una verdad á la vez tan bella y tan conmovedora? ¿Reusan admitirla precisamente porque es bella y atractiva? Casi nos sentimos inclinados á creerlo, porque en estas teorías materiales, basta que una cosa sea grata á los buenos talentos para que inmediatamente se la rechace. Pero en verdad que esta no es una razon suficiente para desecharla. Al contrario, por nuestra parte contemplamos la naturaleza bajo todos sus aspectos. La verdad no puede dejar de ser hermosa, y no es Platon el único que cree que «lo bello es el esplendor de lo verdadero.» La naturaleza es verdaderamente bella; lejos de apartar la vista cada vez que encontramos una forma sensible de la belleza eterna, la admiramos y la reconocemos tan sinceramente como la verdad matemática. ¿No es nuestra madre la naturaleza? ¿Hemos pasado nunca horas mas deliciosas é instructivas que

las de nuestras íntimas conferencias con ella, en el seno de los bosques silenciosos?

Contemplad en su maravillosa armonía la ley de la continuidad de la especie humana; procurad profundizar el órden misterioso que preside á nuestra generacion y á nuestra infancia. ¿Qué prueba de habilidad no ha demostrado la naturaleza envolviendo á cada sexo con esa indefinible atraccion que le hace dulcemente esclavo de sus miras soberanas? ¿De qué ciencia no ha dado testimonio, organizando sobre sus bases severas la vida oculta del sér en via de formacion que, hasta el dia de su despertamiento á la luz exterior, está dotado de una existencia radicalmente extraña á la de todos los séres vivientes? ¿Qué prevision no manifiesta al crear para la nutricion del tesoro oculto, órganos diferentes de los que le servirán en la vida atmosférica, y al preparar para los primeros tiempos de su existencia la mas pura ambrosía. Preguntad á las jóvenes madres de qué proteccion, de qué vigilancia deben estar rodeados estos recien nacidos fragiles y temblorosos. ¿Pero no fué la naturaleza la mas vigilante de las madres? ¿Cuál es el afecto mas tierno, el amor mas cariñoso, la abnegacion mas apasionada de una madre? cuál es la inteligencia mas previsora, la ciencia mas eficaz de un padre, capaces de rivalizar con los cuidados incesantes y universales que la naturaleza, ternura infinita, desplega con infatigable profusion en su proteccion personal y activa para cada uno de sus hijos?

Podríamos escribir gruesos libros en fólio sobre las pruebas de la prevision de la naturaleza. Podríamos preguntar si es efecto del acaso y sin objeto el que las especies animales mas débiles y mas expuestas á la muerte sean precisamente las más fecundas; que las gallináceas, las perdices, las gallinas pongan por docenas sus huevos fecundados, y dejen al cabo de un año centenares de descendientes, mientras que las aves de rapiña, los condores, las águilas son comparativamente estériles. Podríamos igualmente preguntar si ciegamente es la naturaleza la que embellece con un encanto particular esos pequeños séres sin sosten y sin fuerza, y llama nuestro interés y nuestro afecto há-

cia las rubias cabezas de la infancia que, privadas de asistencia, se dormirian en su cuna con el sueño de la muerte... Aquí podríamos invocar el espectáculo entero de la creacion viviente; pero estamos íntimamente persuadidos de la adhesion completa de nuestros lectores sobre este punto, y no insistiremos inútilmente en él.

Parécenos que esos eminentes trabajadores del materialismo han andado con entusiasmo la mayor parte del camino, y que no gozando de una vista telescópica capaz de distinguir el objeto, olvidan que la marcha progresiva de las ciencias tiene verdaderamente un objeto, y se detienen en la inercia despues de haber dado prueba de una fuerza incontestable. Luego que han reconocido que las causas finales imaginadas por la vanidad humana, y que le sirven hace tanto tiempo de columpio para mecer con cierta coquetería su negligencia, que los dioses esclavos del orgullo, las creaciones de la fantasía y las teorías ilusorias de un pensamiento mezquino, no son otra cosa que simulacros sin realidad, sombras, fantasmas, que basta un solo rayo del sol de las ciencias para disiparlos; han deducido de aquí que no habia en la creacion ni ley directriz ni objeto final. De que el hombre se haya equivocado en la solucion de un problema, han decidido que esta solucion y este mismo problema no existen. Confundiendo de una manera inexplicable la verdad con la nocion que podemos tener de ella; confundiendo del mismo modo la grandeza real de una obra con la idea que nos formamos de ella, bien así como cuando los teólogos de la edad media confunden la idea religiosa en sí misma con la forma católica particular; proclaman que la demostracion de la falsedad de nuestras nociones individuales trae consigo la ruina del objeto mismo de estas nociones. Y en verdad que para espíritus acostumbrados á los rigores del raciocinio; para hombres sabios, que parece buscan con el desinterés mas absoluto la verdad tan largo tiempo disimulada, no demuestran aquí ni una excelencia de juicio, ni una superioridad en el conjunto de sus miras. Todo lo contrario, ponen directamente en evidencia la estrechez de la esfera en que habitan, parecen determinados á rehusar todo ensanche de esa esfera,

y estar decididamente obstinados en rehusar el acceso á toda luz, como si temiesen que esta luz viniese á esparcir una claridad reveladora sobre el horizonte, y á hacer retroceder mucho mas allá de su término otros límites mayores que su universo.

Nuestros contradictores pretenden hacernos creer que practican la ciencia, declarando que la organizacion de los séres no nos enseña la presencia de un designio en la naturaleza. En vez de ciencia, lo que hacen aquí es un puro sistema, lo mas completamente arbitrario; y nuestra acusacion es tan fácil de justificar en esto como en lo demás. En efecto, sepamos antes en qué consiste el método científico; sepamos antes en qué consiste una teoría, asi en astronomía, como en física, y en química. Principiamos por observar los hechos, y cuando poseemos un número suficiente de observaciones, procuramos ligarlas mutuamente por una ley comun. ¿Vemos la ley? No, jamás. La adivinamos por la discusion de los hechos, y tal vez el nombre que le damos no es siempre el que mejor le convendria. Esta ley, esta teoría, por la cual nuestro espíritu insaciable siente la necesidad de explicar las cosas, no es al principio mas que una hipótesis, cuyo valor consiste principalmente en la satisfaccion que nos da sobre la explicacion natural de los hechos estudiados. No es durante mucho tiempo sino una hipótesis, fragil y ligera, que un soplo puede arrebatar; y no se eleva al rango de teoría hasta que está suficientemente confirmada por el estudio; si es que no cae en el campo de los errores de la imaginacion.

Sírvanos de ejemplo el movimiento de los cuerpos celestes. Observamos que describen elipses, uno de cuyos focos ocupa el sol; que las superficies recorridas son proporcionales á los tiempos; que los tiempos de las revoluciones, multiplicados por sí mismos, son entre sí como los grandes ejes multiplicados tres veces por sí mismos. Para explicar los movimientos de la mecánica celeste, se emite la hipótesis de que los cuerpos se *atraen* en razon directa de las masas, y en razon inversa del cuadrado de las distancias. Enunciar esta hipótesis, es decir simplemente que las cosas pasan *como si* los astros se atrajesen. Despues, si esta

hipótesis explica perfectamente todos los hechos observados, y da cuenta de todas las circunstancias del problema, llega á ser una teoría. En fin, hallándose esta ley demostrada universalmente, lo mismo en el balanceo de las estrellas gemelas en el fondo de los cielos, que en la caida de una manzana en un verjel terrestre, se afirma que la ley llamada gravitacion representa efectivamente la fuerza reguladora de los mundos.

Pero es idénticamente el mismo procedimiento que empleamos, cuando declaramos que los órganos de los séres vivientes están construidos *como si* la causa, cualquiera que sea que los ha formado, hubiese tenido á la vista el destino de estos órganos en la existencia particular de cada sér lo mismo que en la existencia general de todos los séres juntos. Las verdaderas causas finales son, pues, un resultado de la observacion científica; el método es el mismo; y como ha dicho M. Flourens, es preciso ir, no de las causas finales á los hechos, sino de los hechos á las causas finales. Proceder de lo conocido á lo desconocido, es el único método positivo. Pero cualquiera que sea el resultado de este método, tiene el derecho de ser proclamado en nombre de la ciencia. Podrá suceder que la revelacion de un plan y de un fin en la naturaleza, no agrade á los señores Y ó Z; desagrado que nos importa poco. Los señores Y ó Z viven en el error mas profundo cuando nos acusan de no obrar segun la ciencia experimental; y en la ilusion más fatal, cuando se imaginan que obran ellos mismos segun esta ciencia. Truecan los papeles en su favor, lo que no es raro; pero la verdad desprecia sus tendencias, y permanece inalterablemente la misma, sin preocuparse de los prismas, al través de los cuales la miran con ojos interesados por debajo de su verdadera posicion.

¡Extravagancia inexplicable en hombres sérios y juiciosos, pues pretenden que admitiendo la existencia de Dios, se ve uno obligado á admitir la arbitrariedad en la naturaleza! ¡Como si la voluntad suprema no fuese necesaria é infinitamente sábia, y por consiguiente universalmente regular! «Quien no ve en todos los movimientos de la naturaleza sino medios para conseguir un fin, dice Moleschott, llega de una manera enteramente lógica á la nocion de una personalidad que, con ese objeto, confiere á la materia sus propiedades. Esta personalidad designará tambien el fin. Si es así, si una personalidad designa el fin, y elige los medios, la ley de la necesidad desaparece de la naturaleza. Cada fenómeno viene á formar parte del juego del acaso y de una arbitrariedad sin límites.»

J. B. Biott estaba mejor inspirado cuando hacia las deducciones siguientes del exámen de la naturaleza: «Por mi parte, decia (1), cuanto mas considero el órden del universo, su inmensidad y todas las maravillas de la creacion, cuanto mas admiro esta disposicion admirable, menos capaz me creo de explicarla; y aun me atreveré á decir, por haber hecho la prueba muchas veces, que esas explicaciones imperfectas, esas relaciones falsas ó vagas que algunos escritores modernos quieren darnos como armonías sublimes, nunca parecen mas temerarias y mas fútiles que en presencia de la naturaleza. Cuando se ha tenido la dicha de conocer y sentir las verdaderas bellezas que presenta, está uno tentado á mirar como profanadores y como impíos á los que la desfiguran con indignos disfraces. Todos los séres organizados tienen tambien en sí sus medios propios de vida, tan numerosos, tan multiplicados en las variaciones de su mecanismo como las estrellas del cielo. Y aun no vemos sino lo que aparece al exterior; lo mas maravilloso está oculto para nosotros. ¿Quién ha podido alguna vez comprender las acciones químicas de las membranas vivientes, la causa de los movimientos voluntarios é involuntarios, qué digo? el vuelo de una mosca, los juegos de una mariposa? Pudiendo nuestro entendimiento llegar cuando mas á reconocer las disposiciones exteriores del organismo, y á penetrar las relaciones intencionales que tienen entre sí algunas de las piezas que lo componen, me parece que habria una contradiccion lógica en no ver en el fondo de este conjunto, el principio inteligente mismo que todo lo ha ordenado y arreglado. Por lo que hace á mí, quiero al menos tener la filosofía de mi ignorancia.»

(1) J. B. Biot, *Mélanges scient. fiques et litte aires*, t. II.

El órden que encontramos en los hechos no producidos por el hombre, observaremos tambien con un escritor distinguido (1), nos demuestra que las correlaciones cuyo es-

(1) J. M. de la Codre, *les Desseins de Dieu*. Este ensayo de filosofía religiosa y práctica caracteriza una de las felices tendencias de nuestra época contra la invasion del ateismo. Los argumentos desarrollados en esta obra se resumen como sigue:

Lo imposible no existe, hay órden en el universo, y el órden no puede emanar sino de una inteligencia; el universo es, pues, la obra de una inteligencia. Este órden resulta de la ejecucion de una ley ó de muchas concertadas juntamente; las leyes son siempre y necesariamente la obra de una voluntad inteligente.

El autor del universo, Dios, siendo una inteligencia, ha tenido ciertamente un fin al crear este universo. Este fin ha sido hacer séres felices; nuestras aspiraciones, nuestras facultades, en lo que tienen de mas elevado, nos lo afirman. Todos los séres dotados de sensibilidad son llamados á la felicidad. Vemos efectivamente que todos son felices en cierta medida, pues que todos aman la vida, que aseguran su duracion, y que la defienden hasta el último extremo. Pero la felicidad no es igual para todos estos séres vivientes; hay notablemente una diferencia marcada entre la felicidad que es transitoria á los animales y la atribuida al hombre. La una es una felicidad encerrada en límites estrechos, una simple felicidad *dada*; la otra toma proporciones mas vastas y reviste otro carácter; es una felicidad *merecida*.

Fácilmente se comprenderá esta distincion, dice el autor, observando los hechos, comparando los placeres raros é incompletos que son la herencia del sér puramente sensitivo, á los goces serenos, infinitos que obtiene el alma humana por el cumplimiento de los deberes, la compasion, los dulces sentimientos de la familia.

La mayor parte de nuestros sufrimientos sobrevienen cuando, por indocilidad ó por ignorancia, hemos contravenido á las leyes del Criador.

De estos hechos se debe deducir que el hombre aspira á una felicidad completa é indefinida; que es capaz de perfeccionar sus facultades morales, como tambien aumentar sus conocimientos; que esta deseada felicidad no puede existir para él sobre la tierra, y que no perecerá sobre este globo con su envoltura corporal.

A esta forma de argumentacion podemos añadir la siguiente, que el autor nos ha presentado en una carta particular:

»La naturaleza es el laboratorio de Dios al mismo tiempo que su obrero, como la oficina, provista de un preparador, es el laboratorio del químico y del físico; tan superiores como son los productos que da á luz la naturaleza á los que se fabrican en los laboratorios, tanto mas superiores son á los del sábio la inteligencia y el poder divinos: el sábio con los materiales que ha encontrado en la naturaleza, no consigue hacer lo que hace *el obrero de Dios* bajo su direccion.

D : H : : N : O

»Dios es al hombre, como los productos de la naturaleza son á los de cualquier oficina ó laboratorio químico.

D : N : : H : B

»Dios *obra* sobre la naturaleza, como la voluntad del hombre, guiada por su inteligencia, *obra* sobre sus ojos y sus brazos.»

En un capítulo de los *Desseins de Dieu*, consagrado á *La Pluralité des Mondes Habités*, el autor opone á nuestra opinion de la variedad de los organismos en el uni-

pectáculo presenta el mundo material, resultan de acciones y de reacciones, que combinadas unas con otras, están regidas por leyes. Sabemos por experiencia continua de nuestra vida, que siempre las correlaciones, las armonías y las leyes, son la obra de una inteligencia cuyo poder es proporcionado á la extension y á la perfeccion de los hechos y de las armonías coordinadas. Tenemos, pues, por evidente que el universo está gobernado por una inteligencia.

Estas correlaciones y estas armonías están en relacion con las propiedades intrínsecas de la materia, y se refieren á ella de tal manera que no existirian si estas propiedades sustanciales fuesen otras de lo que son.

De aquí concluimos que la materia y sus propiedades intrínsecas son tambien la obra de la inteligencia que ha establecido las leyes. El recto juicio declara imperiosamente, á pesar de las alegaciones contrarias, que no puede atribuirse á una circunstancia fortuita de las moléculas, la atraccion, la electricidad, el calórico, la composicion del aire, hechos cósmicos perfectamente apropiados á la vegetacion de las plantas, á la vida de los animales, así como seria inverosímil creer que millares de caractéres de imprenta arrojados al azar, hayan producido la *Iliada* ó la *Jerusalem libertada*; y no se evitaria la necesidad lógica de una intervencion suprema é inteligente en las obras de la naturaleza, si para librarse de la conclusion se dijese que estas cualidades son el efecto de disposiciones inherentes á la materia.

Añadamos á esta imágen un aforismo poco discutible: todo fin supone una intencion; toda intencion una conciencia; toda conciencia una persona.

La cuestion acerca de las causas finales, lo repetimos, es más complicada y difícil de resolver de lo que parece á las

verso, la idea de una semejanza necesaria entre todas las razas, y funda su objecion en lo siguiente: si los habitantes de los otros mundos no tienen la forma humana terrestre, y si estamos destinados á resucitar en esas otras tierras, no podremos reconocer á nuestros amigos mas queridos. La objecion es mas sentimental que científica. No es este el lugar de discutirla; pero podemos repetir que en razon de la diversidad de accion de las fuerzas naturales sobre los otros planetas, es casi cierto que la série zoológica ha debido formarse allí sobre un tipo muy diferente de la série terrestre.

imaginaciones ligeras. Ella se traduce, como hubieran dicho los antiguos, mas bien en potencia que en acto. El hecho general la decide; los hechos particulares se apartan de ella. Para asegurarla bien, es preciso que el espíritu se sujete á un exámen severo, y que de una ojeada abarque la totalidad ó cuando menos la mayor parte de las cosas conocidas, bajo el doble punto de vista del tiempo y del espacio. El primer efecto de este estudio rigoroso y crítico es precisamente alejarle de toda creencia, y tenerle en guardia contra esas mezquinas interpretaciones del hombre, que todo lo refiere á sí como si él fuese el centro de la obra. Entonces se rie uno de las ilusiones de la vanidad y de las tentativas insensatas del orgullo. Este es el primer resultado del estudio general de los séres.

Empero cuando se prosiguen las investigaciones hasta la percepcion de las fuerzas íntimas que sostienen á cada sér creado y hasta el descubrimiento de las leyes universales que rigen á la vez el edificio de la vida entera, y cada parte de este edificio inmenso, entonces es cuando se distinguen las huellas de un plan general, se perciben aquí y allí líneas de solidaridad que ligan á un mismo designio los cuerpos mas lejanos, se reconoce la unidad del pensamiento que ha presidido (ó mas bien que preside eternamente y sin tiempo) al arreglo universal, y que conduce y gobierna sobre la ruta del infinito el carro colosal de la creacion. En fin, acostumbrándose á estas contemplaciones esenciales, se llega á encontrar tambien que esta nocion de la divinidad es sobradamente humana para ser verdadera; que esa fuerza permanente que sostiene el mundo, ese poder que le hace vivir, esa sabiduría que le guia, esa voluntad que le propone eternamente una perfeccion inaccesible, esa unidad de pensamiento que se revela bajo todas las formas transitorias de la materia no es una fuerza, un poder, una sabiduría, una voluntad humanas; sino que pertenece á un sér innominado, incomprensible, desconocido, sobre cuya naturaleza no podemos hacer mas que callarnos, y cuyo conocimiento nos es científicamente inabordable.

Este resultado final de la direccion de las investigaciones positivas explicará el cómo y el porqué en esta discusion, parece como quien dice que tendemos la mano izquierda á Berlin y la derecha á Roma. A esta observacion particular, si se nos hiciese, podríamos responder que no se trata aquí sino de un hecho puramente geográfico que resulta de nuestra tendencia á mirar siempre hácia el Oriente. Esta posicion, sin duda, nos hará calificar de herejes por los doctores que se arrellanan en sus sitiales seculares, porque sus ojos cargados prefieren hace mucho tiempo las suaves claridades del crepúsculo á los rayos inflamados de la aurora; pero la sinceridad nos obliga á proclamar que la exageracion dogmática es tan falsa como el escepticismo sistemático, y que el sendero del buen pensador oscila á igual distancia de estos extremos. Sí, *oscila*. Los que pretenden estar mas sólidamente sujetos al suelo terrestre, son los que están mas próximos á caer. Para el espíritu que estudia, no hay aquí abajo nada de definitivo; cuanto más avanza el hombre en la ciencia, más conoce que ignora; detenerse es morir; marchar adelante, aunque sea volviendo algunas veces atrás, es cumplir con el destino de nuestra existencia. En filosofía como en mecánica, el equilibrio de la naturaleza no es nunca sino un equilibrio instable.

En su tendencia á referirlo todo á su persona como á un centro exclusivo, el hombre empequeñece los hechos y las ideas. Hemos visto que su teoría de la causalidad es de ello uno de los ejemplos mas famosos. Cuando pretende que las gallinas se han hecho para ponerlas en el asador, es bastante personal en su afirmacion. Verdad es que puede decirse, puesto que el hombre es omnívoro, y que su constitucion orgánica debe estar sostenida por una alimentacion tanto animal como vegetal, que los animales y los vegetales que le nutren están efectivamente destinados á servir á su existencia, y que sin ellos la especie humana se extinguiria inmediatamente. Pero descender á pormenores particulares, salir diciendo que las perdizes han venido al mundo para unirse á las coles en la cocina de Vátel (1); bajar luego

(1) Sobre este apellido véase la nota puesta en la página (El Trad.)

hasta decir que las vacas están destinadas principalmente al caldo del puchero, á la corona de patatas fritas del bifteck, ó á la salsa de zanahorias (*sauce-carottes*), como dice la moda; que las piernas de carnero y los asados de ternera han sido el objeto de la formacion de la gente ovejuna y boyuna; que las habichuelas no servirian de nada sino estuviesen sazonadas con tocino gordo ó magro, y que las ciruelas han sido doradas por el sol ó para comerlas frescas ó para transformarlas en dulces ó en ciruelas pasas, etc., caer en estos detalles vulgares, es olvidar el sistema general de la naturaleza y creer que el hombre vive solo en el universo.

Así pues, terminaremos recordando nuestra proposicion de sustituir á la idea de causalidad particular *la idea de plan general.*

No tomamos partido ni en pró ni en contra de la teoría de la transformacion de las especies; pero afirmamos que sin el principio del destino de los séres y de los astros, no es posible explicar nada, desde la anatomía hasta la mecánica celeste: ninguna causa exterior, ninguna influencia de medios excluye esta gran ley. La teoría de la eleccion natural reemplaza simplemente la intervencion milagrosa de la causa creadora para cada especie, por una ley inteligente y universal; y deja intacto en la naturaleza el *pensamiento* organizador del mundo, que sensiblemente se manifiesta tanto en el principio, en el medio como en el fin de todas las cosas. Esta concepcion mas positiva, mas científica, del desarrollo del mundo orgánico, no se subordina ni al acaso ni á lo arbitrario. Nos presenta el universo como una unidad viviente, cuya existencia se desarrolla conforme á la idea primordial, y se eleva eternamente hácia su ideal inaccesible. El orígen y el fin existen simultáneamente en lo actual. Del mineral al organismo, del organismo á la vida, de la vida á la inteligencia, es un círculo de la materia y una ascension del pensamiento, siguiendo á una razon dominadora. El mundo no es un juego de despropósitos, es un poema en cuyo seno no somos mas que humildes comparsas, y cuyo autor invisible nos envuelve con su radiacion inmensa, como esos granos de polvo que se ven flotar en un rayo de sol.

¡Tengamos valor para confesarlo! es un problema actualmente insoluble el del destino absoluto de los séres en la naturaleza; problema que se ahonda insensiblemente como un abismo cuando la vista del sondador procura distinguir sus profundidades...

Una tarde, en Paris, antes de ponerse el sol, contemplaba el Sena desde la balaustrada del puente del Instituto, el cual presenta á veces una vista estraordinaria. El occidente empurpurado derramaba una luz rosada sobre las nubes aborregadas que sembraban el azul del cielo, y esta luz viniendo á bañar la atmósfera de la gran ciudad, coloraba con un aspecto mágico los edificios silenciosos. El rio, como una cinta ancha, descendia lentamente hácia el Oeste, yendo á perderse en la vaporosa lontananza donde se confundian la luz y la sombra. A mi izquierda, la cúpula sombría dominaba los edificios, y mas lejos, dos flechas góticas atravesaban el espacio. A mi derecha, las ventanas del Louvre, inflamadas por una iluminacion mágica, daban al antiguo edificio una extension desmesurada; el bosque sombrío de las Tullerías y las alturas vaporosas de una colina mas lejana prolongaban la perspectiva hasta las brumas del horizonte. Este panorama presentaba un doble sentido: era la grande idea de la naturaleza cerniéndose sobre el gran hecho de una ciudad humana. Poco á poco me encontré identificado con esta aparicion de la existencia simultánea de la naturaleza y de la ciudad, existencia permanente y vieja ya, pero cuyo contraste no me habia chocado nunca tan vivamente. Y contemplando este doble espectáculo, seguia los movimientos aparentes y reales de la naturaleza.

El sol descendia lentamente por detrás de las colinas, las nubes se coloraban de una tinta mas rosada, el rio corria suavemente hácia el lejano mar, y el aire algo fresco, lo atravesaba una brisa parecida á una respiracion. Este movimiento general me impresionaba, porque se extendia mi pensamiento á la naturaleza entera, y me desarrollaba la circulacion general de la vida sobre la Tierra. Pero la causa principal de mi atencion era el pensar que todo este vasto movimiento se verificaba *como si el hombre no estuviese allí.* En medio de Paris, el hombre me pareció un

cero en la naturaleza. Los transeuntes que pasaban detrás de mí en aquel mismo puente, no admiraban seguramente esta hermosa postura de sol. Las gentes de negocios se entregaban á las ocupaciones propias de su género de vida. Los dos millones de individuos que hormiguean en el recinto de las fortificaciones no me representaban otra cosa que un torbellino pasagero en la superficie de este punto del globo. Y me decia: la Tierra gira de esa manera en su órbita, presentando alternativamente cada pais del mundo á la fecundacion solar; las nubes recorren la atmósfera; las plantas siguen el ciclo de las estaciones; los rios descienden á la mar; los dias y las noches se suceden; la armonía terrestre sigue su curso regular y perpétuo: pero, ¿por qué existe esto? Los insectos destrozan con sus mandíbulas los pétalos de las flores, los pajarillos cazan los insectos, el gavilan abre el vientre de las aves y las devoran, los leones rugen en los desiertos, y las ballenas se persiguen en la inmensidad de los mares: pero, *¿por qué* existe esto? Los cristalinos manantiales depositan en la soledad de los bosques encantadores espejos encuadrados de pervincas; los murmurantes arroyos descienden cantando por la ladera; los argentados riachuelos abandonan sus raudales á los grandes rios para caer con ellos en el abismo de los Océanos y perder allí su nombre y su existencia; ricos y magníficos ramilletes nacen y mueren en el oscuro fondo de los mares, visitados únicamente por las madréporas ó el coral, y bajo la atraccion celeste el flujo y reflujo de los mares balancean de un continente á otro su pesada é insondada masa: pero, ¿para qué sirve todo esto? Esta vasta naturaleza marcha impasiblemente como un mecanismo colosal, las cosas se renuevan incesantemente, el hombre mismo no es mas que un átomo efímero que aparece y desaparece rápidamente. De este inmenso universo, el hombre no conoce casi nada, por mas que crea conocerlo todo, y además emplea su vida en otras muchas ocupaciones. Antes de la creacion del hombre, todas estas armonías se hacian oir como hoy. ¿Por qué oidos? Todo esto existia antes que él. ¡Todo existiria tal vez sin él! ¡Todo esto existirá despues de él! ¿*Para qué* está aquí esta creacion? ¿Por qué mi pensamiento, sondeando esta profundidad, no recibe ninguna respuesta? ¿Por qué ha criado Dios esta tierra y la infinita muchedumbre de los otros mundos? Y ¿por qué, viendo la inquietud de mi alma, la deja perderse en el abismo de la ignorancia, como si el criador no conociese mas este pensamiento que conoce el grano de polvo arrebatado por el viento, ó que la gota de agua perdida en el rio que está á mis pies? ¿Por qué existe esto? ¿para qué sirve? ¿qué puede importar á Dios que haya un mundo, cien mil millones de mundos ó ninguno? ¿Cuál es el objeto de esta obra? Repitámoslo: ¿á quién y para qué sirve? ¡oh Dios! ¿por qué existe la creacion?... Y sin embargo, este estupendo conjunto tiene un fin... Este velo oculta un problema inmenso que á nosotros mismos nos envuelve y nos anonada.

Aquel dia, me alejé silencioso, deslumbrados los ojos é incapaces de ver nada. Se puso el sol, el Sena continuó silenciosamente su curso, el manto estrellado de la noche se extendió sobre la gran ciudad, y luego me perdí entre los ruidos que habian cesado un instante de percibir mis oidos. Muchas veces despues han venido á asaltarme las mismas reflexiones; con mucha frecuencia me he sentido detenido en mi camino por esta insondable pregunta: *¿Por qué existe el mundo?* Y siempre el vacío y el silencio han caido en mi alma. ¡Ay! si me atreviera á confesarlo, podria todavía añadir que una pregunta mucho mas terrible y mucho mas inquietante ha sucedido á veces á la anterior. Siguiendo este movimiento impasible de la naturaleza, mi alma á veces se adelantó á los tiempos, y se preguntó en dónde estaria dentro de cien años. Y prosiguiendo su mirada adelante, se preguntó con un indefinible sentimiento de terror en dónde estará dentro de mil años. Y perpetuando su vuelo, vió que dentro de cien mil años aun existirá, y se preguntó lo que será en esa época. Y sondando el abismo mucho mas lejos, se dirigió infatigable, á un millon de años. Y mas allá de esta línea, mas allá de este punto ya inaccesible para el pensamiento humano, imaginó una nueva línea de la misma longitud; despues al segundo millon de años, vió suceder un tercero, un cuarto, un décimo, un centésimo. Y ya en la eternidad conoció que el tiempo no existe, y que la eterni-

dad es inmóvil... Debo decir que á veces este último pensamiento llegaba á ser tan espantoso ante el inexorable destino que nos espera, que hacia desaparecer en mí el sentimiento de mi propia personalidad, como si verdaderamente este cuadro insostenible nos invitase á esperar el reposo en la muerte, ó como si esta contemplacion, siendo demasiado vasta para un cerebro de hombre, hubiera roto este cerebro y me hubiera borrado del número de los séres inteligentes.

Acaso haga mal en entreteneros de este modo con mis impresiones personales. Pero en el fondo no es esta una cuestion de personalidad, es un estudio análogo al del anatómico que sonda profundamente una llaga desconocida. Y si el astrónomo se funda en sus propias observaciones para fijar su sistema, si el químico habla por el testimonio de su crisol, y segun los análisis particulares, si el físico examina la naturaleza por la experiencia de sus propios ojos, ¿no es natural que el pensador refiera como ellos el resultado de sus reflexiones individuales, y que á veces confie al que le escucha las inquietudes y las fatigas de su alma? Por lo menos este es el acto de una profunda sinceridad, y la prenda de una palabra independiente que no es eco de ningun partido, ni de ningun sistema.

Sí, este problema inmenso del destino general del mundo nos envuelve en sus misteriosas profundidades, y no podemos ni juzgarlo ni resolverlo. Somos arrebatados por él, como el infusorio microscópico perdido en el seno de los mares, y que intentara esplicarse el flujo y reflujo de las aguas.

LIBRO V

DIOS

La Religion por la Ciencia.